

FUNGER, Juan: *Libro sobre la buena enseñanza y educación de los jóvenes (1584). De puerorum disciplina et recta educatione liber*, estudio Preliminar: Beatriz Comella-Gutiérrez, traducción y notas: Virgilio Rodríguez García, Madrid, UNED-BAC, 2018, 635 pp.

Este tratado de pedagogía para docentes y estudiantes de escuelas de latinidad, escrito por el humanista neerlandés Juan Funger o Funguerio, fue publicado por primera vez en Amberes por Cristóbal Plantino en 1584 y reeditado en Leiden, por uno de sus yernos, Francisco Ravelingen, en 1586.

Juan Funguerio nació en 1546, año de la muerte de Lutero, en Leeuwarden, capital de Frisia, al norte de los Países Bajos, y falleció en 1612 en Franeker, una población cercana. Su padre y su suegro fueron directores de escuelas de gramática. Se formó en centros universitarios católicos de prestigio (Lovaina y Colonia), donde estudió Artes liberales, Medicina, Historia y, posteriormente, obtuvo el doctorado en ambos Derechos. Viajó por media Europa y se relacionó con nobles mecenas y excelentes impresores de Países Bajos, Francia, Alemania e Italia. El autor vivió y trabajó en una etapa sumamente creativa en el ámbito de las letras y saberes, pero convulsa desde el punto de vista religioso y político.

Dedicó treinta años de su vida a ser director y docente de escuelas de gramática latina en diversas localidades de Frisia y, sin duda, debió pertenecer a la confesión calvinista. Fue testigo presencial de la independencia de las provincias del norte de los Países Bajos, bajo el liderazgo de Guillermo de Orange en 1581, frente a Felipe II.

Juan Funguerio es relativamente poco conocido en los Países Bajos, quizá porque perteneció a una generación del humanismo del norte con figuras de primera magnitud, más estudiados por investigadores españoles. Su interés no

radica en su originalidad, sino en que asumió y acrisoló los elementos que caracterizan a dicha corriente del humanismo pedagógico del norte septentrional caracterizado por un modelo religioso basado en la búsqueda de una relación directa del individuo con Dios sin mediaciones, herencia de la *devotio moderna*; la asimilación de la cultura grecolatina, por influencia italiana, desde el punto de vista lingüístico y ético; un notable interés de los eruditos por las lenguas hebrea y griega para los estudios bíblicos; el desarrollo de tratados educativos y propuesta de reformas para los *studia humanitatis* y la educación universitaria; abundancia de literatura sobre educación cívica y pacifismo; el criticismo y las subsiguientes polémicas intelectuales y teológicas.

El autor se muestra admirador de Cicerón como modelo lingüístico, por su claridad y elegancia; de Séneca, como paradigma moral del estoicismo y la ética del esfuerzo; de Plutarco y Quintiliano, tanto en su vertiente retórica, como en su teoría de la educación, base de la humanista. Fue un fiel seguidor de postulados pedagógicos de Rodolfo Agricola, Melanchthon, Erasmo, Vives y Calvino.

Su ideal educativo para la escuela de gramática se fundamenta en las letras clásicas y en el afán por evitar los vicios. Se basa también en el esfuerzo del alumno, que conseguirá con disciplina y empeño sus propósitos en la escuela, auténtico *gimnasio* del espíritu, donde adquirirá la *riqueza inmaterial*, más deseable que cualquier otra por ser un *tesoro* preciado. La educación de los hijos debe ser considerada un empeño e inversión de los padres.

La antropología fungueriana parte de la educabilidad del ser humano que, teniendo en cuenta el propio conocimiento, aprende a dirigir al auriga que lleva dentro por el camino de su vida. El fin de la existencia recta es la virtud, conseguida mediante el esfuerzo constante, para establecer consonancia entre la razón y el

modo de vida. Esta debe estar presidida por la moderación de las pasiones y los placeres materiales que, en consecuencia, será la de un *vir bonus dicendi peritus*, un hombre adornado por las virtudes morales y la elocuencia, una cumplida versión de la *humanitas romana*, unida a la religión, una *pietas literata et virtus*.

Funguerio es un humanista del ámbito calvinista: en la obra analizada, considera un favor divino que, en algunas cuestiones, las enseñanzas de los paganos coincidan con las bíblicas; el trasfondo teológico de su obra es el hombre nuevo, que no solo es imagen de Dios, en cuanto ser dotado de inteligencia y voluntad, sino ungido por el bautismo, salvado por Cristo libertador y destinado a la vida eterna, si evita el libertinaje y el pecado; el conocimiento de los clásicos servirá a los estudiantes, junto con la Biblia, como referente ético: la pedagogía fungueriana destila estoicismo, pero sin olvidar el fin último en la vida eterna; en la escuela, los jóvenes aprenden las normas correctas de conducta al mismo tiempo que se

introducen en las artes liberales, fortaleciendo no solo el cuerpo, sino también el carácter, con el fin de grabar en su mente las recomendaciones morales de los filósofos. En el modelo de conducta moral que propone se perciben sus raíces clásicas y cristianas. Sigue concretamente el estoicismo de Cicerón y Séneca, retomado por Erasmo y radicalizado por Calvino. La suya es una moral del deber, voluntarista, que mantiene a raya el cuerpo en sentido positivo (actividad física y juegos, régimen de comidas, moderación en la bebida, horas de sueño, normas de saber estar y cortesía) y negativo (pasiones y vicios), teniendo este último mayor predicamento que la exhortación a la virtud.

En definitiva, Juan Funguerio es un autor menor, si se le compara con Erasmo, Vives, Melanchthon o Calvino, pero, a través de su obra, es posible entender cuáles fueron las raíces, el tronco y las ramas del frondoso árbol del humanismo del norte y su pedagogía.

JAVIER VERGARA CIORDIA